



Gallaretas, gansos.



Pato picazo macho.



Colonia de garzas.



Hocó colorado.



Los Molles. 1976.

ANDANZAS DE UN NATURALISTA

Por Martín R. de la Peña

MIS PRIMEROS PASOS

Quiero a la naturaleza y la afirmación no es declamatoria. Mal comenzaría esta serie de relatos engañándome y engañando. La amo y estoy alistado como voluntario desde muy niño, para defenderla.

¿Cuál es mi puesto de lucha? Me definí por el estudio de todo su generoso despliegue y por la divulgación de gran parte de sus maravillas. No se aprende solamente leyendo libros ajenos, por calificados que ellos sean. La propia experiencia es fuente indispensable del saber.

Por eso recorrí palmo a palmo mi país. Casi todas las excursiones realizadas fueron sensacionales, pero la mayoría me obligaron a solucionar con sacrificios muchas dificultades, como iré contando en sucesivas narraciones.

Siempre fui acompañado de una útil y –también diría– maravillosa carga: lápiz y cuaderno de apuntes; filmadora, máquina fotográfica y muchos metros de películas. Tenía que documentar muchas cosas, para mí y para los demás.

Los kilómetros recorridos escapan al recuerdo y voluntariamente olvidé los grandes costos. El reiterado balance daba siempre el mismo resultado: plena satisfacción e inquebrantable decisión de seguir en la brecha de conocer más y mejor, trazándome el propósito de utilizar todos los medios posibles para definir lo que quedó en mi mente, en el grabador y en las películas fotográficas.

Me pregunté siempre, y me han preguntado, el porqué de este hermoso camino que vengo recorriendo por años, abrazado a la naturaleza.

Pienso que es difícil determinar un incentivo excluyente; más bien creo que es un conjunto de razones las que orientan a las personas hacia determinadas actividades.

¿Vocación?

¿Influencia de mis mayores o amigos?

¿Espíritu de aventura?

¿Inquietud por cultivarme?

¿Deseo de sentirme útil a la sociedad?

Quizás un poco o mucho de cada cosa, pero lo cierto es que desde mi pubertad me sentí, primero atraído y luego atrapado por la Naturaleza.

Quiero contar mi primera aventura. Data de muchos años. Mi padre, amante de flora y fauna –después compañero inseparable y aliento constante para continuar la lucha– despertó y alimentó mi imaginación, al hablarme de un campo que describía como verdadero paraíso, por la cantidad y variedad de animales que habitaban. Pertenecía a un amigo de su juventud, el establecimiento se llama “Los Molles” y está ubicado a unos 20 kilómetros al norte de Aguará Grande (zorro en Guaraní) en el departamento San Cristóbal, Santa Fe.

Me habló de pumas, peludos, nutrias, yacarés, mulitas, guazunchos, vizcachas, iguanas, zorros y aves de todas las especies, formas, cantos y colores. Me pintó el lugar como el hábitat ideal para todos, con frondosos

montes, grandes lagunas y hermosos esteros.

Más de una vez, ante estas descripciones, imaginé ambientes similares a los paisajes africanos o amazónicos de mis lecturas infantiles, aquellos que habían encendido mi deseo de vivir fantásticas aventuras.

El viaje programado se fue postergando, lo que aumentó considerablemente mi impaciencia. Hasta San Justo había asfalto, pero después todo era tierra. Resultaba entonces problemático trasladarnos de un lado a otro con nuestro antiguo Ford “A”.

Había que adoptar muchas previ-



siones. Cada viaje era entonces una verdadera odisea, aunque terminara en apetecible alimento para nuestro entusiasmo, espíritu y alegría. Llegó el momento de partir. Lo hicimos con Papá y mi hermano Héctor. A poco de andar, con más ingenio que conocimientos, superamos los primeros problemas en el motor de nuestros

viejo y querido compañero. Más adelante, ya salidos del asfalto, debimos avanzar entre charcos, en varios de los cuales quedamos empantanados. Cerca de la meta nos esperaba lo peor, pero nuestro coche siguió en la lucha, vacilante, zigzagueante, casi a los tumbos, magníficamente solidario con el propósito de sus ocupante de llegar a toda costa.

No nos desanimó el atraso. La ansiedad había crecido en proporción directa con los kilómetros recorridos y con la observación permanente del cruzar de patos “crestones” y “siriacos”, del rápido desplazamiento de los “ñandúes” y del alegre nadar de las aves acuáticas en los esteros.

Estos se formaban en las márgenes de algunos caminos, que por poco utilizados, el monte invadía en partes. En todo se adivinaba la visita frecuente de las lluvias de verano.

Por fin llegamos al casco de la estancia. Me pareció haber alcanzado el cielo con las manos. Las aventuras empezaban, pero yo las vivía anticipadamente, a toda marcha, con la imaginación. El esfuerzo había quedado atrás y nos proponíamos vivir el futuro.

Lo esperado comenzó muy temprano, listos los caballos y presto el encargado de la estancia para acompañarnos. Gozamos, ya en marcha, de un escenario ideal: la mitad del terreno era monte y el resto estaba ocupado por grandes lagunas y extensos esteros. Al paso del caballo sentíamos olor a tierra virgen, mientras una gran cantidad de aves se alejaban ante nuestro sorpresivo paso. El paisano que nos guiaba reunía todo lo bueno que había leído sobre el gaucho, y lo demostraba: seguridad de su paso y conocimiento del terreno.

De tanto en tanto hacíamos un alto, siempre con matices: una huida nutria o el cruzar de “Ipacará”. En algún momento los ladridos de los perros indicaban la presencia de un peludo o el movimiento de la cola, de una iguana. No era el paisaje africano ni el amazónico que soñaba, pero resultaba una realidad que entusiasmaba, un espectáculo que quedó impreso indeleble en mis retinas.

Sobre el caballo, acompañado, pero de alguna manera también solo conmigo

mismo, me hice la promesa de volver, la que después cumpliría religiosamente. En el conocimiento de ese lugar, había iniciado mi verdadero aprendizaje naturalista. Y lo que es más, había encontrado mi norte.

Estuvimos varios días en la estancia. Las horas de luz pasaban rápidamente; las de sombra parecían eternas, no obstante la necesidad del descanso. Muy de madrugada nos despertaba el centinela “Chajá”, que parecía invitar con sus gritos a las demás aves para ofrecer, en conjunto, el diario concierto del amanecer.

Nos inclinábamos un día por recorrer los montes, y otros por visitar las lagunas. Entre la vegetación, observábamos muchas veces los dormideros de los guazunchos y las pisadas de algún puma que imaginábamos lentas, elásticas y expectantes al seguir los pasos de una majada.

Nuestras pupilas se agrandaban reiteradamente ante tanta belleza. La pausada voz de los peones expresaban sabiduría cuando repetían lecciones por ellos aprendidas con la experiencia de años. Gozábamos en plenitud. Nuestra única preocupación era la permanente baja en el haber de nuestros días de vacaciones.

No todo resultó agradable. Pero es estas andanzas las dificultades que se presentan quedan simplemente como anécdotas.

No olvido aquella vez que mi caballo metió la pata en un pozo y tuve que regresar a pie varios kilómetros, tampoco la temible yarará que mordió a un perro y lo sumió en una terrible agonía de varios días; también una larga cabalgata de 40 kilómetros en mal terreno a que nos impulsó una intensa y prolongada lluvia, creando la necesidad de aprovisionarnos en el pintoresco almacén campero.

Hubo algo especial, quizá por el temor que me inspiró el episodio ocurrido en esa vieja y acogedora estancia de mi niñez. Mi permanente afán de aventuras me llevó un día hasta un lejano juncal donde estuve muy cerca, de dos hombres que buscaban los huevos de las aves como alimento. Sus actitudes me hicieron presumir que eran fugitivos de la justicia, pero me vi obligado a

dialogar con ellos. No tenían armas a la vista y aproveché la primera oportunidad que se me presentó para regresar en forma disimulada y pasos lentos que después se convirtieron en carrera, pensando en ser viento para arribar a la nunca tan acogedora civilización.

En aquellas primeras excursiones, no pensé que todas las riquezas naturales que me rodeaban podían disminuir. Pero con el correr de los años, lamenté no haber contado en ellas con prismáticos, equipo fotográfico, filmadora y grabador. Con tal compañía tendría documentada la generosidad de aquellos lugares para recibir y alimentar a tanta flora y fauna. Y hoy la mostraría a los cuatro vientos para que todos deploraran el brutal saqueo del hombre. Aquella tranquilidad de las aves frente a nuestra presencia se hubiera contrapuesto al temeroso recelo de hoy, infundido por las armas, las quemazones y las fumigaciones.

Por entonces, mi vista saltaba presurosa de un lugar a otro y cada vez me admiraba más. Colonias de cuervillos con sus largos picos, garzas de blancura inmaculada, junto a sus hermanas, las garzas moras de airoso porte. Un poco más allá las gallaretas, macáes, patos y las risotadas francas de los gallitos del agua. Todos contentos, iban de un lado a otro, dueños absolutos de la generosidad que les ofrecía la naturaleza. Llegó el punto final de mis vacaciones. Pero como dije, regresé al lugar y lo seguí haciendo, casi como una costumbre.

Así pude comprobar en mis sucesivas visitas la lamentable y paulatina desaparición de vizcachas, mulitas y guazunchos; la persecución implacable para la obtención de sus cueros que hacían de los zorros y de las iguanas; la notable disminución de colonias de aves que habían llenado de color y sonido el paisaje. Pienso en aquellas excursiones a “Los Molles” encontrando en ellas muchas de las razones que me determinaron a comulgar con la naturaleza, como hasta hoy, todos los días.



Los Molles. 1972.



Los Molles. 1976.



Los Molles con mi padre, 1975.



Zorro

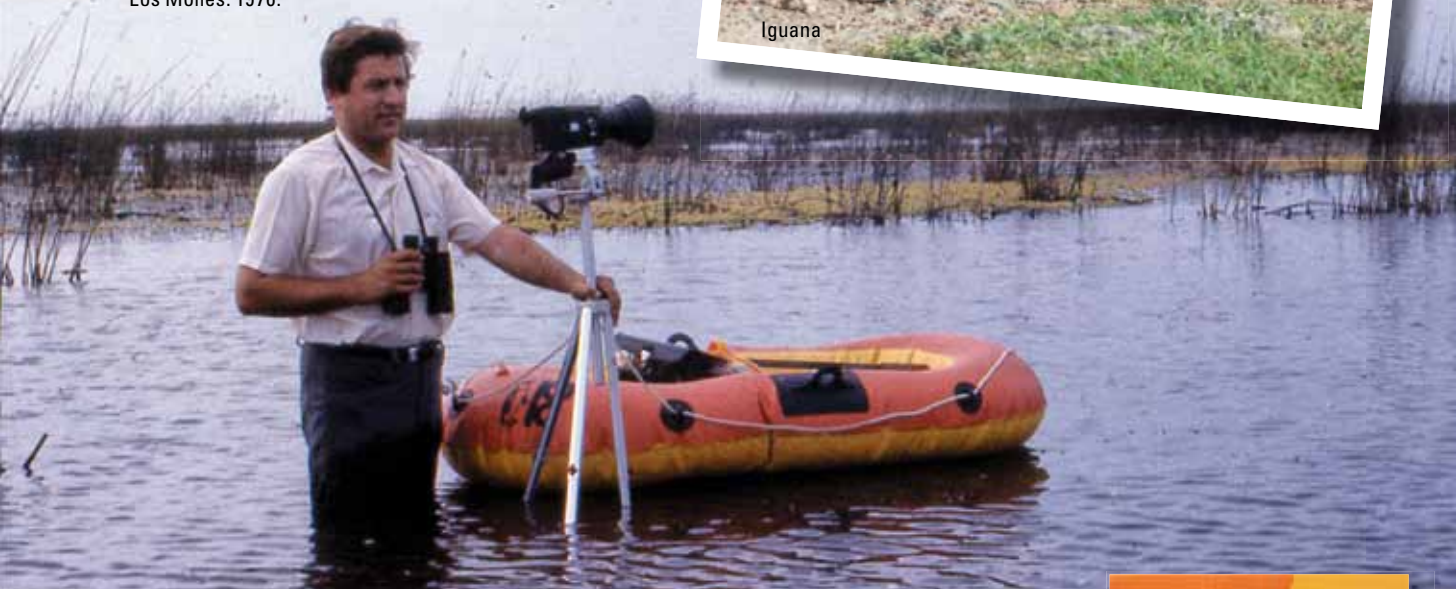


Peludo



Iguana

Los Molles. 1976.



Martín R. de la Peña presenta sus nuevas enciclopedias digitales.

Enciclopedia de las aves argentinas y Enciclopedia de las aves de Santa Fe

Los dos CDs editados por la UNL, contienen dibujos de todas las especies que habitan la Argentina.

Las fotos pertenecen al autor (aves, nidos, huevos, pichones)

Se dan características de las familias y costumbres de las aves.

De cada especie se dan los nombres vulgares y una descripción de las características (color del plumaje, medidas del ave).

Además la descripción del nido, huevos y pichones.

Características de la alimentación y hábitat que ocupan.

También la distribución geográfica de las especies y subespecies.

Contiene mapas con el área de distribución y la bibliografía relacionada.

Por información: martin@fca.unl.edu.ar

